

sus palabras. El primer mérito que debemos buscar en un amigo es la virtud, pues ella nos demuestra que es capaz y digno de amistad. La mayor ventaja de la amistad consiste en hallar un modelo verdadero; pues como deseamos la estimación de la persona que amamos, este deseo nos conduce á imitar sus virtudes. Riquezas, valía, cuidados, servicio, todo lo que poseemos es de nuestro amigo, á excepcion del honor. (MADAMA DE LAMBERT.)

Contestacion de Rutilio.

Un amigo de Rutilio, célebre romano, le pidió una cosa injusta que éste le negó con firmeza. « Si no puedo obtener nada de tí, exclamó su amigo con ira, ¿de qué me sirve tu amistad? — ¿Y qué fruto sacaré yo de la tuya, contestó Rutilio, si debo conservarla á costa de la virtud y de la justicia? »

Escasez de amigos verdaderos.

No tengais muchos amigos, pues los buenos son muy raros. Preguntó un padre á su hijo de dónde venia, y habiendo éste contestado que venia de ver á uno de sus amigos, repuso el padre : « ¿Luego tienes muchos? ¡Eres mucho mas feliz que yo, puesto que en setenta años que tengo, apénas he podido hallar uno ! »

Sócrates pensaba casi del mismo modo cuando contestó á los que le decian que era muy pequeña su casa : « ¡Plegue á Dios que siempre esté llena de amigos verdaderos ! »

Es un bien tan grande la amistad, que un solo amigo verdadero es un tesoro inapreciable; toda la vida andamos buscándole y pocas veces le encontramos.

Esto es lo que da á entender la respuesta de un guerrero persa que acababa de cubrirse de gloria en una batalla, debido principalmente al vigor y agilidad de su caballo. Preguntóle Ciro si queria cederle su caballo á trueque de una provincia de su reino. « No, señor, respondió el jóven, por una provincia no, pero sí por un amigo verdadero si podeis proporcionármelo. »

Amistad de colegio : Saint-Pierre y Chabillant.

El célebre Bernardino de Saint-Pierre, autor de los *Estudios de la naturaleza*, no recordaba nunca sin emocion á un amigo que la Providencia le habia dado cuando él era estudiante en el colegio de Caen. Era ese amigo uno de sus camaradas que, como él, contaba solos diez y seis años, y que como él tambien, era de buen corazon, estudioso y dócil.

Pablo de Chabillant tenia esos gustos sencillos y puros que arguyen siempre un alma superior, cuando son resultado de la reflexion, y era uno de esos niños precoces en quienes una exquisita sensibilidad reemplaza la madurez de la edad. Tenia un nombre ilustre, estaba destinado á la prosperidad y sus talentos eran superiores á su edad; pero no hacia caso de la fortuna, ni de la nobleza ni de los talentos, porque no estimaba ni amaba otra cosa que la virtud. Saint-Pierre era exaltado de pasiones y ambicioso, pero la sociedad de Pablo ejerció sobre su carácter una feliz influencia, calmó su calurosa imaginacion y le habituó á poner mas moderacion y prudencia en sus ensueños del porvenir.

Habiendo Saint-Pierre obtenido permiso de su familia para pasar los asuetos con Pablo, ambos amigos partieron juntos, despues de la distribucion de premios, decididos á no separarse nunca. Desgraciadamente la salud delicada de Pablo no pudo resistir á la crisis que separa la infancia



Casa de Bernardino de Saint-Pierre, en el valle de Essones.

de la juventud, y de día en día se le veía desfallecer. Ya á punto de espirar, no pensaba sino en el dolor que su muerte iba á causar á su amigo, á cuya mente traía el recuerdo de Estéban de Beocia, aquel amigo tan caro, cuya memoria ha hecho imperecedera Montaigne; y haciendo alusion á estas palabras que tanto habian admirado juntos, le suplicaba tambien que *tuviese valor y mostrase prácticamente que las pláticas que entre los dos habian pasado cuando estaban sanos ámbos, no eran vanas palabras, sino la expresion de convicciones profundas que estaban dispuestos á poner en ejecucion.*

Así ese noble adolescente no veía en la muerte sino un medio de probar su virtud; y cuando en la hora postrera dirigia á su amigo su última mirada, le dijo con moribunda voz: « No llores, Enrique, que esta separacion no es eterna. »

Nada fué capaz de borrar en el alma del jóven Saint-Pierre el pesar que semejante pérdida le ocasionó. Viejo ya, no podia contener las lágrimas, cuando viniéndole á la memoria lo pasado, se acordaba del tiempo en que la amistad se le habia aparecido bajo la forma mas conmovedora para disponer su alma á la virtud.

La amistad en las diversas situaciones de la vida :
Clemente XIV.

Cuando Clemente XIV no era mas que un simple religioso, veía con frecuencia á un pintor italiano de talento adocenado, cuyo carácter le gustaba, cuyas costumbres respetaba y con quien vivía en la mayor intimidad. Elevado Clemente á la dignidad cardenalicia, le pareció al pobre artista que su amigo se habia convertido en un gran señor, á quien, segun el uso no le era dable acercarse sino con grande dificultad, y en tal creencia, ya no se atrevió á volver á casa del nuevo cardenal, quien asombrado de su ausencia, fué á su casa, le reconyino con ternura y le instó

para que viniese á verle frecuentemente, asegurándole que su antigua amistad no sufriria ninguna alteracion.

Cuando fué elegido papa le presentaron la lista de las personas que debian ser agregadas á su casa, lista en la cual se habia inscrito á uno de los mas famosos pintores de Italia. El Padre Santo dijo : « Apruebo la lista con excepcion del artículo del pintor. Sin duda es excelente el que vosotros me presentais, pero es rico y no me necesita. Conozco un artista ménos célebre, mucho ménos opulento, amigo mio, y quiero que él sea mi primer pintor. »

La amistad en las necesidades de la vida : Costar ;
Madama de la Sablière ; Boileau.

Voiture, célebre literato del siglo XVII, necesitaba un dia doscientos doblones, y escribió á Costar, su fiel amigo, la siguiente notable carta :

« Tengo necesidad urgente de doscientos doblones : si los teneis, enviádmelos sin falta ; si no los teneis pedidles prestados. Es necesario que de cualquier modo me los presteis ; no vayais á permitir que otro aproveche esta ocasion al serme agradable : sé que os seria difícil conformaros sin que eso suceda ; y ántes que consentir en tal desgracia vended lo que teneis... ya veis cuán imperiosa es la amistad. Yo experimento cierto placer al usar de ella del modo que lo hago, y creo que todavía gozaria mas, si vos procedieseis conmigo de idéntica manera. Daré recibo á la persona que me traiga el dinero. Salud. »

Costar le dirigió esta respuesta : « Estoy lleno de contento porque puedo prestaros el pequeño servicio que me pedís ; y nunca hubiera creído que fuese tan grato ayudar á un amigo con doscientos doblones. Una vez que tanto gusto me ha causado, os doy mi palabra de que siempre tendré una corta suma disponible para aquellas ocasiones en que os hallareis necesitado... Mandad, pues, decididamente cuanto quisieréis : vuestro placer en mandar no podrá

nunca ser igual al que yo tendré en obedecer; pero aunque yo sea muy sumiso, me indignaré de que queráis darme recibo. »

Hé ahí el lenguaje de la verdadera amistad. Es mas notable todavía la conducta de madama de la Sablière y de Hervart para con la Fontaine.

Madama de la Sablière acogió en su casa durante veinte años el célebre fabulista, quien se cuidaba muy poco de sus negocios, y así sucedia que era ella quien los dirigia, pues no solamente era amiga suya sino una administradora que le arreglaba sus gastos y observaba hasta sus menores descuidos. Cuando la Fontaine perdió esa preciosa amiga, Hervart la reemplazó. Notable es la manera como sus servicios fueron ofrecidos y aceptados. « He sabido, dice Hervart á la Fontaine, que habeis perdido á madama de la Sablière, y en tal virtud os propongo vengais á estableceros en mi casa. — Allá iba, » le respondió. Esa frase hace el elogio de ámbos.

Suele citarse tambien la conducta de Boileau para con su amigo Patru, abogado célebre, que, forzado por la necesidad en sus postreros dias, se vió obligado á vender su biblioteca. Boileau la compró, la pagó y exigió que su amigo gozara de ella hasta su muerte.

La amistad en las enfermedades.

En la niñez del príncipe Guillermo de Orange, Bentink fué el compañero íntimo de sus juegos y estudios. Su amistad fué acrecentándose con los años, y Bentink dió de la suya una espléndida prueba. Contaba el príncipe diez y seis años cuando se enfermó de viruela de una especie maligna; y los médicos, guiados por la ignorancia y las prácticas de aquellos tiempos, la juzgaron mortal, si algun jóven de la misma edad del enfermo y que aun no hubiera sufrido esa cruel enfermedad, no consentia en dormir con él, pretendiendo que ese cuerpo sano, al recibir de ese modo la viruela atraeria á sí todo lo maligno de ella y sal-

varia al enfermo. Bentink pidió como un favor el que se le permitiese salvar la vida de su amigo. Adoptado el consejo de los médicos, los resultados respondieron á lo que ellos esperaban: Guillermo fué restableciéndose por grados, y con el mas vivo dolor vió en peligro á aquel amigo, que tan generosamente se habia expuesto por él. Pero no le abandonó, le sirvió él mismo, y apenas tomaba el alimento indispensable mientras duró la enfermedad de Bentink. Estas recíprocas pruebas de abnegacion acisolaron mas y mas el mútuo afecto de los dos jóvenes; y en adelante, cuando el príncipe llegó á ser rey de Inglaterra bajo el nombre de Guillermo III, su amistad hácia Bentink parecia adquirir nueva fuerza.

La amistad en la desgracia: Lisímaco.

El filósofo Calístenes, que habia seguido á Alejandro en sus conquistas, fué acusado de traidor ante este príncipe, quien lo condenó á ser encerrado en una jaula de hierro á la retaguardia del ejército. Lisímaco, uno de los capitanes del ejército de Alejandro, y amigo de Calístenes, no dejó de venir á verle; mas este filósofo, despues de darle las gracias por tan valerosa atencion, le suplicó que no continuase sus visitas. — « Os veré todos los dias, respondió Lisímaco: si el rey supiese que los hombres de bien os habian abandonado, no sentiria remordimiento, y os creeria verdaderamente culpable. No, tu temor de perder su favor no me hará abandonar á un amigo desgraciado. »

Desavenencia y reconciliacion: Aristipo.

Debemos tolerarnos mútuamente muchas cosas, si queremos que la amistad sea duradera. El mas virtuoso ama mas y perdona mas.

En un arrebato de cólera, el filósofo Aristipo se habia malquistado con Esquino, su amigo. « ¡Pues bien! le dijeron, ¿qué se hizo esa amistad que os unia á los dos? —

Duerme, respondió Aristipo, pero voy á despertarla. » Corre en busca de Esquino, á quien le dice : « ¿Me crees tú tan insensible que no sea capaz de reparar mis faltas? — ¡Ah! tú tomas siempre una generosa iniciativa, dijo Esquino vivamente conmovido; lo que yo debia hacer lo haces tú. » No hubo mas explicacion entre ellos, y su amistad se reanimó mas ardiente y mas tierna que nunca.

Damon y Pythias.

Eran Damon y Pythias dos jóvenes siracusanos que se profesaban mútua amistad, á que habia dado origen una fácil conformidad de sentimientos, y cimentádola la práctica de las mas nobles virtudes. En aquella época estaba Siracusa gobernada por un tirano para quien toda virtud era odiosa, y quien por un frívolo pretexto condenó á Damon al último suplicio.

Damon pidió permiso al tirano para ir á abrazar por la última vez á su madre y á su hermana que habitaban una ciudad poco distante, prometiendo que dentro de cuatro dias estaria de regreso en Siracusa á sufrir su condena.

Tal peticion pareció extraordinaria al tirano, que sonrió de lástima, y le dijo : « ¿Me crees tú tan cándido que haya de fiarme de tu palabra? ¿Quién me responde de que volverás si te dejo partir? »

— Yo, dijo Pythias, que habia acompañado á su amigo ante el tirano. Si no ha vuelto el dia y la hora señalados, yo prometo morir en su lugar.

El tirano aceptó gozoso este ofrecimiento, pues en todo caso estaba seguro de una víctima : los dos amigos le eran igualmente odiosos. Juzgando el corazon ajeno por el suyo propio, estaba cierto de que Damon, una vez libre de su poder, no volveria, y que así, de esos dos jóvenes tan célebres por su virtud, pereceria el uno, y el otro quedaria deshonrado.

Llega el cuarto dia; se acerca la hora fatal; todos los habitantes de Siracusa, reunidos en la plaza donde se habia

levantado el cadalso, aguardaban ansiosos el acontecimiento. Damon no aparece; Pythias, desde su prision, hacía votos para que algun obstáculo se opusiese á la vuelta de su amigo; al fin llega la hora; van á buscarle; y miéntras el pueblo se estremece de dolor y el tirano se entrega á un cruel alborozo, Pythias sube al cadalso.

De repente, en medio del funeral silencio, óyese un grito : « ¡Héle aquí! ¡Es Damon! » Y el pueblo entero lo repite. Despavorido, jadeante, Damon, á quien un rio crecido le habia impedido llegar mas pronto, se precipita hácia el sitio, sube al cadalso y estrecha en sus brazos á su amigo, derramando un raudal de lágrimas.

Empéñase entónces entre los dos jóvenes un combate de generosidad que hubiera arrancado lágrimas aun á los corazones mas encallecidos : « Ha pasado la hora, decia Pythias; á mí me toca morir. — Yo soy el condenado, responde Damon; á tí te toca vivir. »

La ferocidad del tirano no pudo resistir á tal espectáculo ni á la admiracion y enternecimiento que por todas partes se dejaron sentir : perdonólos á ámbos, y el pueblo los condujo en triunfo á sus hogares colmando los aires con gritos de gozo.

Antonio y Rogerio.

Hallábanse presos en Tunez dos marineros, uno frances y otro español, cuando esa ciudad era todavía una guarida de piratas : el primero se llamaba Antonio, y el otro Rogerio, y quiso la casualidad que se hallasen empleados en unos mismos trabajos. La amistad es el consuelo de los desgraciados : Antonio y Rogerio se boreaban todas sus dulzuras, y desde aquel momento les pareció ménos pesada la cadena que arrastraban.

Estaban trabajando en la construccion de un camino que atravesaba una montaña. Cierta dia se paró el español y tendió la vista al mar diciéndole á Rogerio con un profundo suspiro : « Todos mis votos se dirigen al extremo

de esta vasta extension de aguas: ¡que no pueda yo salvarla contigo! A todas horas me parece estar viendo á mi mujer y á mis hijos, que me llaman y lloran mi muerte.» Antonio estaba absorto en ese pensamiento abrumador, y cada vez que volvia á la montaña recorria con la vista el inmenso espacio que lo separaba de su patria.

Un dia abrazó con entusiasmo á su camarada: «Columbro un bajel, amigo mio; ven, ¿no lo distingues lo mismo que yo? Si tú quieres, seremos libres dentro de algunas horas. Sí, dentro de algunas horas, la embarcacion pasará á algunas leguas de la costa, y entónces desde lo alto de estos peñascos nos precipitaremos al mar y alcanzaremos el navío ó pereceremos. Es preferible la muerte á nuestra cruel esclavitud. — Si tú puedes salvarte, yo sobrellevaré con mas resignacion mi desgraciada suerte; tú irás á buscar á mi padre y le dirás.... — ¿Que vaya yo á buscar á tú padre, Rogerio? ¡Ah! yo no podria vivir un solo instante si te dejase encadenado.... — Pero, Antonio, yo no se nadar y tú sí. — Yo soy tu amigo, repuso el español; mi vida es la tuya; nos salvaremos ámbos; vamos, la amistad me dará fuerzas, tú te agarrarás de este cinturon. — Es inútil pensar en ello, Antonio, me desprenderé del cinturon ó bien te arrastraré conmigo, y seré la causa de tu pérdida. — No temas nada.... Mas alguien nos espía, callenos.»

Vuelven á sus trabajos. Horas despues se encuentran por un momento fuera de la vigilancia de sus capataces, y ya se descubre distintamente el navío. «Ven, la ocasion es calva,» dice Antonio arrastrando á Rogerio por una roca escarpada. Rogerio insistia en su negativa repitiéndole: «Causaré tu pérdida. — Por última vez, dice Antonio, déjate conducir, ó yo mismo renuncio á la idea de salvarme.»

Consiente al fin el jóven frances, se agarra del cinturon de su amigo y juntos se lanzaron al mar.

Antonio hace esfuerzos increíbles y se siente animado de una fuerza sobrehumana. La tripulacion del navío contem-

plaba con curiosidad y sorpresa el objeto casi imperceptible que se movia sobre las olas; echa al mar una lancha, que se dirige hácia ese punto y toma á Antonio, cuyas fuerzas estaban casi agotadas, y al amigo á quien habia salvado por su generosa heroicidad.

El literato y el médico.

Una amistad generosa y tierna unia á un literato y un médico. Enfermó éste, y al punto su amigo ocurrió á su lado. «¡Oh amigo mio! le dice el médico, conozco que mi enfermedad es contagiosa: no dejeis entrar á nadie en mi cuarto; solamente vos debeis acercaros á mí.»

¡Almas sublimes! ¡Ambas igualmente admirables!... No se sabe cuál de los dos llevaba mas léjos el heroismo de la amistad, si el que podia usar de aquel lenguaje ó el que se habia hecho digno de oirlo.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.

	Páginas.
I. Prácticas de las virtudes cristianas	1
II. Culto interno y externo.	20
III. Muerte cristiana.	27

SEGUNDA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

I. Perfeccion moral.	39
II. Modestia.	72
III. Moderacion en los deseos. — Desinterés	82
IV. Sencillez, sobriedad	105
V. Paciencia.	113
VI. Firmeza contra los males.	125
VII. Valor.	131
VIII. Perseverancia.	140
IX. Actividad, trabajo, empleo del tiempo.	150
X. Prudencia, habilidad.	159
XI. Discrecion, silencio.	172
XII. Orden, economía, prevision.	176

TERCERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON SUS SEMEJANTES.

I. Justicia.	183
II. Probidad.	194

	Páginas.
III. Fidelidad	211
IV. Sinceridad.	217
V. Gratitud.	222
VI. Bondad, indulgencia.	240
VII. Caridad, beneficencia.	252
VIII. Humanidad, abnegacion.	280
IX. Generosidad.	314
X. Deberes para con la patria	321
XI. Deberes de familia.	355
XII. Deberes de posicion y de profesion.	403
XIII. Deberes de sociedad.	470

Simi Guayardot

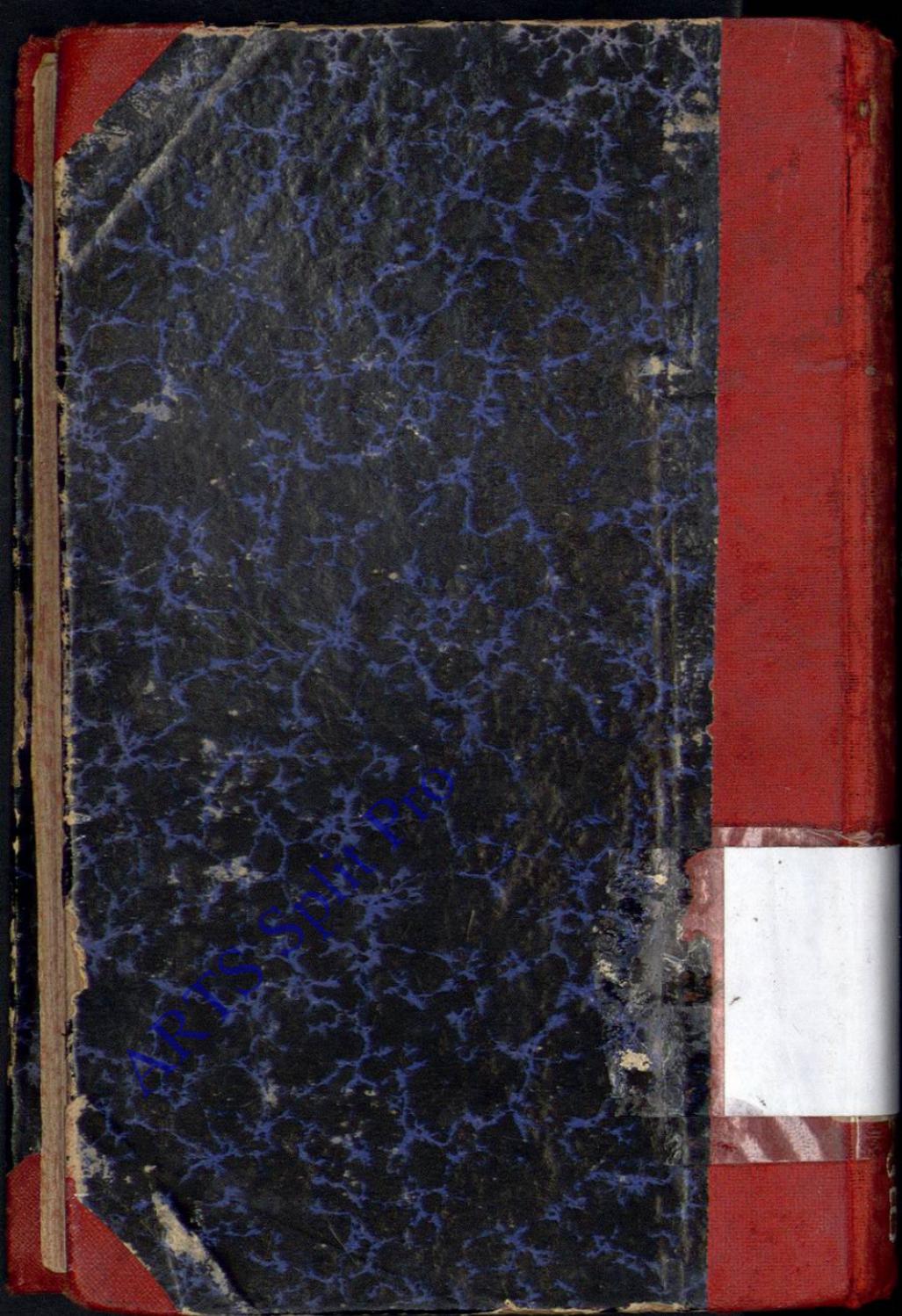
FIN DEL INDICE.

MONTERREY NUEVO LEON



ARTS Split Pro





ARTS & SPIN LTD